

**El perezoso es más sabio en su propia opinión
que siete que pueden responder con sensatez - Proverbios 26:16
Una historia proverbial de Ted Hildebrandt y Chatgpt**

En las colinas abrasadas por el sol de Embervale , donde los campos se asaban bajo cielos dorados y los agricultores se levantaban con el amanecer, vivía un hombre llamado Sleepy Joe Bram. Era conocido en todo el valle no por su esfuerzo ni su ética laboral, sino por sus hábitos de sueño perpetuo y sus palabras, interminables y jactanciosas.

Joe el Dormilón era un holgazán y se enorgullecía de ello. Mientras otros se agachaban plantando, desherbando y cosechando, Joe el Dormilón, satisfecho de su pereza, se sentaba en un tocón observando distraídamente cómo trabajaban los demás, explicando a cualquiera que pasara por allí por qué su pereza era la mejor.

«Desperdicias tus fuerzas», declaraba, agitando su copa majestuosamente como en una cata de vinos. «La naturaleza sabe lo que hace. Si la tierra quiere dar trigo, lo hará. Si no, ¿para qué voy a romperme la espalda cavando tierra?».

Los aldeanos ponían los ojos en blanco, pero rara vez discutían. Era inútil, pues el joven holgazán tenía una respuesta para todo, sobre todo para cosas que desconocía por completo. Con altivez y desdén, descartaba cualquier punto de vista contrario, considerándolo erróneo.

Un año, una sequía azotó el lugar. El río se redujo a una simple cinta y el suelo se agrietó como cemento viejo. Los agricultores se reunieron bajo el viejo sicómoro para discutir qué se podía hacer. Bill y siete de los más sabios —ancianos, curtidos por el tiempo y llenos de sabiduría silenciosa— compartieron planes: cavar pozos más profundos, represar el arroyo y volver a dragar las acequias.

Mientras hablaban, Joe el Dormilón se acercó con paso tranquilo. «Están pasando por alto lo obvio», los reprendió. «No hay que entrar en pánico. Las sequías pasan. Solo esperen. Volverá la lluvia, como siempre. Dejen que la tierra descanse. Eso es lo que voy a hacer. ¿Para qué malgastar tanta energía en una temporada perdedora?», preguntó con arrogancia el holgazán del pueblo.

Uno de los ancianos, un hombre llamado Bill, levantó la vista de sus notas. "¿Y qué comerán si no llueve?". Mientras tanto, los habitantes del pueblo, incansablemente y con gran esfuerzo, dragaban de nuevo las acequias y cavaban pozos más profundos.

Joe el Dormilón se jactó desafiante. «La tierra da. Siempre lo ha hecho. Mi jardín estará bien».

Pero su jardín no estaba bien. A mediados de verano, sus cosechas se habían marchitado. Sus provisiones simplemente se habían agotado. Y cuando miró los campos circundantes, la vista lo inquietó. Mientras su huerto yacía reseco y marrón, los de sus vecinos eran pequeños pero aún verdes. Sus acequias brillaban tenuemente al sol.

Humillado, Joe el Dormilón se acercó sigilosamente al pozo junto al sicómoro. Allí, Bill le sirvió un trago y lo miró a los ojos sin juzgarlo, solo con el cansancio de su trabajo de profundizar el pozo junto al árbol.

“Planeamos y pusimos en práctica el plan”, dijo con sencillez. “No esperamos milagros ni confiamos en palabras vanas”.

Ese invierno, Joe el Dormilón vivió de la caridad de aquellos de quienes se había burlado. Hablaba menos, escuchaba más. Y cuando llegó la primavera, al amanecer, fue el primero en llegar al campo, con rastrillo y pala en mano.

Los habitantes del pueblo lo recordaban, por supuesto —siempre lo hacían—, pero aun así lo recibieron con los brazos abiertos. Porque Embervale era un lugar que valoraba la sabiduría, y la sabiduría a veces no proviene de afirmar saberlo todo, sino de buenos planes seguidos de trabajo duro.

Entonces, Joe el Dormilón finalmente aprendió del viejo proverbio: El perezoso es más sabio en su propia opinión que siete hombres que saben responder con sensatez - Proverbios 26:16.